

Últimas noticias del desarrollo cultural

Néstor García Canclini *

El desafío de no solemnizar la cultura como simple patrimonio o herencia supone volverla sustentable para cada sociedad en esta época competitiva, de innovación tecnológica y fuerte concentración económica.

Voy a proponer tres tesis acerca de los cambios en las nociones de desarrollo y de desarrollo cultural de acuerdo con la reelaboración ocurrida en las ciencias sociales en América Latina durante los últimos años.

I

Podemos decir que las naciones latinoamericanas fueron fundadas en la lengua y la escritura, y desde la segunda mitad del siglo xx están reorganizándose en un régimen de imágenes y discursos multimedia.

Uno de los principales argumentos para justificar la integración de América Latina se basa en el hecho de estar unificados por dos idiomas: español y portugués. Hasta hace pocas décadas el sentido de comunidad histórica que nos daba compartir esas lenguas se manifestaba principalmente en textos literarios: la narrativa y los ensayos de Domingo Faustino Sarmiento, Jorge Isaacs y José Mármol, señalados por Doris Sommer (1991) como “ficciones fundacionales”, relatos e imaginarios donde las generaciones jóvenes aprendieron, en palabras de esa crítica, a “desear sus países” y valorar a los otros latinoamericanos.

Ya en la primera mitad del siglo pasado, la radio y el cine comenzaron a abrir, también, circuitos audiovisuales de articulación entre los latinoamericanos. Pero la difusión todavía era limitada. Fue en las últimas tres o cuatro décadas cuando la producción audiovisual comenzó a prevalecer sobre la escritura, y la industrialización y transnacionalización de los mensajes, sobre su significado expresivo local o regional.

II

El predominio de las industrias culturales y la formación de mercados globales para su comunicación está desplazando los ejes de estudio y valoración del desarrollo cultural.

Las nociones clave de otro tiempo en el análisis cultural –identidad, patrimonio y nación– siguen empleándose, pero los discursos sobre la producción industrial de cultura la vinculan cada vez más con públicos, mercados, inversiones y comercio. En consecuencia, el papel central que tuvieron las

humanidades como escena de reflexión sobre los campos simbólicos va siendo ocupado por estudios económicos, sociológicos y comunicacionales, que trasladan a otro registro las funciones sociales de la cultura.

Al mismo tiempo, la globalización de las nuevas tecnologías mediáticas y de los públicos modificó el alcance y el sentido de la comunicación cultural. Las culturas nacionales dejaron de operar como contenedoras predominantes de la información y de los entretenimientos cotidianos. Al establecer los satélites y las computadoras redes de circulación mundial, la expansión de las culturas y la interacción entre ellas cambió de escala. La noción de identidad sigue resonando en los discursos políticos, humanistas y de gestores culturales, pero ahora tiene poca capacidad de organizar los debates sobre el desarrollo. Las preocupaciones identitarias mantienen un papel significativo en relación con el patrimonio histórico, la educación y las prácticas artísticas poco industrializadas (artesanías, artes plásticas y literatura). También sigue siendo vital la defensa de las identidades indígenas y de otros grupos minoritarios cuyas lenguas y formas de vida son discriminadas. En tanto, el desempeño del cine, la televisión, el video y la informática – cada vez más organizado en redes transnacionales– es visto como parte del crecimiento económico, el libre comercio y, en términos más amplios, del desarrollo social.

No sólo la cultura mediática audiovisual está experimentando esta reubicación. También se intensificó la industrialización o la incorporación a circuitos tecnológicos y masificados de otras actividades: de la literatura y el teatro a las telenovelas, los espectáculos en vivo, el turismo e incluso las artesanías. Las posiciones conservacionistas se detienen en la posible *degradación* de los textos literarios, la música o el teatro, reconvertidos en espectáculos masivos o, en el caso de las artesanías, debido a que se alteran diseños tradicionales. Otros opinan que conviene potenciar la creatividad histórica mostrada por las sociedades latinoamericanas en estos campos para generar contenidos que atraigan nuevos públicos; renovar festividades e imaginarios colectivos; fomentar empleos e inversiones.

III

La globalización de los mercados culturales, tanto literarios como audiovisuales, está subordinando la estructura de los bienes y su valor lingüístico, simbólico y estético a las reglas económicas de producción y competencia transnacional.

Cada año mayor número de textos literarios, canciones y espectáculos se hacen con formatos industrializados; son fabricados o rediseñados por empresas transnacionales, con el fin de que interesen a consumidores de muchas lenguas y culturas. Este sistema productivo está organizado según la lógica del capital privado por unas pocas empresas concentradas en Estados Unidos, Europa y Japón, que se desempeñan con independencia de los estados nacionales, incluso de aquellos países donde tienen sus sedes.

Todavía es ligeramente distinto lo que sucede en la industria editorial. Por el arraigo de la literatura en una lengua particular, los libros y revistas tienden a difundirse dentro de contextos lingüísticos regionales y con marcas estilísticas peculiares. La escritura ha sido la primera área cultural modificada por la

industrialización, pero a la vez su inserción en tradiciones localizadas opone resistencia y restricciones a la homogenización e integración mundial.

Estas mismas razones hacen que, mientras en otros sistemas comunicacionales, desde las artes hasta la industria audiovisual y la informática, *globalización* pueda confundirse con *americanización* y predominio del inglés, la transnacionalización de las editoras latinoamericanas se produzca en relación con empresas españolas y otras del área Latina de Europa. Entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX, la creación de editoriales en Argentina, Brasil, México, y algunas en Colombia, Chile, Perú, Uruguay y Venezuela, produjo una *sustitución de importaciones* en el campo de la cultura letrada, decisiva para desarrollar la educación, formar naciones modernas y ciudadanos democráticos. En las últimas tres décadas la mayoría de los editores fue quebrando o vendieron sus catálogos a editoriales españolas, luego compradas por empresas francesas, italianas y alemanas.

La ambivalente interacción entre cultura y desarrollo

Si tomamos en serio las exigencias de alta inversión que actualmente requiere la producción cultural, debemos interrogarnos cómo volver sustentable esa producción dentro de cada sociedad en esta época de intensa competitividad, innovación tecnológica incesante y fuerte concentración económica transnacional. Algunos piensan que, así como para proteger al medio ambiente debe limitarse el desarrollo guiado sólo por el rédito económico, habría que controlar la expansión de las megacorporaciones comunicacionales y proteger la producción cultural endógena de cada nación. Se llega a hablar de una “ecología cultural del desarrollo”: el patrimonio histórico, las artes, y también los medios y los recursos informáticos, son partes de la continuidad identitaria, recursos para la participación ciudadana, el ejercicio de las diferencias y los derechos de expresión y comunicación. En favor de una consideración no sólo económica del desarrollo cultural se señala que la cultura y las comunicaciones contribuyen al desarrollo comunitario, a la educación para la salud y el bienestar, a la defensa de los derechos humanos y a la comprensión de otras sociedades.

Esta transversalidad de las culturas con otras zonas de la sociedad es un requisito para su desarrollo sustentable. Para consolidarlo se necesita estimular otras lógicas de producción y difusión que las promovidas por las megacorporaciones. Quisiera especificar un poco más cómo se efectúa esta interacción transversal entre cultura, economía y sociedad tratando de responder a dos preguntas. La primera cuestión es: ¿cómo está cambiando la cultura la concepción del desarrollo? La segunda da vuelta el problema: ¿cómo está modificando el desarrollo la concepción de la cultura?

a) Respecto del primer interrogante podemos decir que las críticas socioculturales a la noción economicista del desarrollo han vuelto evidente que el desarrollo es concebido de diferentes maneras en épocas distintas, e incluso en la actualidad por diversas culturas. Esta es una de las razones por las cuales no se puede reducir el desarrollo a crecimiento económico. Los economistas suelen decir, para diferenciar a uno de otro, que el desarrollo es crecimiento más bienestar. Pero cuando hablamos de bienestar ya estamos implicando una concepción de la sociedad. El bienestar no significa lo mismo en todas las épocas

ni en todas las naciones. En este tiempo de constantes innovaciones tecnológicas tener bienestar implica poseer una cantidad de artefactos e instrumentos que no existían hace cincuenta años. Aun dentro de cada nación hay regiones que tienen diversos requerimientos para su bienestar. Luego, es necesario concebir el desarrollo como un proceso plural, que admite la diversidad y el desempeño divergente de regiones, lenguas y clases sociales. La diversidad no se presenta sólo porque distintos sectores de la sociedad eligieron desenvolverse de distintas maneras a través de la historia, sino también porque tuvieron oportunidades desiguales de acceder a los bienes. En suma: hay diferencias de carácter étnico, lingüístico, de género, de edades, que no necesariamente están condicionadas por la desigualdad, y hay otras diferencias provocadas por la desigualdad.

b) Planteemos ahora la cuestión inversa: ¿cómo ha cambiado el desarrollo la concepción de la cultura? Encontramos, al menos, dos transformaciones. En primer lugar, la evidente imbricación de los bienes culturales en las prácticas socioeconómicas de cada sociedad ha clausurado las pretensiones idealistas que aislaban la cultura en las nubes del espíritu o de un refinamiento aséptico. A la vez, el entrelazamiento de lo económico y lo cultural deja poco espacio a aquellos sectores pragmáticos que subestiman las obras culturales como bienes suntuarios y las prácticas artísticas como entretenimientos de fin de semana.

Las evidencias de que la cultura es un recurso económico para el desarrollo no sólo están acabando con la disyunción entre lo cultural y lo económico. Llevan también a salir del enfoque clásico de los estudios humanísticos sobre la cultura que tienden a verla, según anota Arjun Appadurai, como una acumulación de bienes que provienen del pasado: lengua, edificios históricos, hábitos, costumbres y tradiciones. En contraste, el desarrollo se piensa en relación con el futuro: planes, metas, expectativas de cambio. Por tanto, un desafío para quienes nos dedicamos a la investigación y la política cultural es no solemnizar la cultura como simple patrimonio o herencia, no arrinconarla en los archivos de lo que ya sucedió y sólo puede ser de una manera.

La cultura, sostiene Appadurai, es también “la capacidad de aspirar” o sea de usar los recursos heredados para imaginar y construir un futuro diferente. Poner en relación a actores culturales con actores económicos y políticos equivale al empleo dinámico y transformador de lo heredado, para elaborar nuevas opciones de desarrollo. Requiere, asimismo, no ver el futuro como programa de cálculos fijos, derivados mecánicamente de las estructuras existentes, sino como una disputa abierta sobre el sentido de la vida social. En esta perspectiva, la cultura no es algo opuesto ni ajeno al desarrollo, sino “un diálogo entre aspiraciones y tradiciones sedimentadas” (Appadurai, 2004, 84).

Nota

- ¹ Este texto reproduce un fragmento central de la conferencia dictada por el autor el 22 de julio de 2005, en ocasión de recibir el Doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Ricardo Palma, en Lima, Perú.

Bibliografía

Appadurai, Arjun, “The Capacity to aspire: Culture and the terms of recognition”, en Rao,

- Vijayendra y Walton, Michael (eds.), *Culture and public action*. Stanford, Stanford University Press, 2004.
- García Canclini, Néstor, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Martín Barbero, Jesús, "Nuevos mapas culturales de la integración y el desarrollo", en Kliksberg, Bernardo y Tomassini, Luciano (comps.), *Capital social y cultural: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires, Banco Interamericano de Desarrollo/ Fundación Felipe Herrera/ Universidad de Maryland/ FCE, 2002.
- Schiffrin, André, *La edición sin editores*. México, Era, 2001.
- Sommer, Doris, *Foundational Fictions, The National Romances of Latin America*. Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press, 1991.
- Yúdice, George, *El recurso de la cultura*. Buenos Aires-Barcelona-México, Gedisa, 2002.

* Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México. Dirige el Programa de Estudios sobre Cultura Urbana en la Universidad Autónoma Metropolitana de México. Fue profesor en las universidades de Austin, Duke, Stanford, Barcelona, Buenos Aires y San Pablo. Entre sus obras se destacan *Consumidores y ciudadanos; La globalización imaginada y Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*.
